



DÍA CON DÍA

Héctor
Aguilar
Camín

El narco y los pastores, 2

No deja de sorprender que los ministros del culto católico sean tan parecidos a su sociedad en su trato con los narcos.

Uno esperaría de esta Iglesia y sus ministros un mayor compromiso con el bienestar público y una mayor disposición a correr ciertos riesgos inherentes a su ministerio.

Deberían, piensa uno, ser ejemplos cívicos para sus comunidades, no sólo espejos de los temores y los recelos de ellas.

Los ministros del culto católico han demostrado en estos días que temen tanto al narco como sus fieles y están tan poco dispuestos como ellos a colaborar con la autoridad encargada de perseguirlos.

Ayer en su blog (*puerto libre blog*), donde recomienda cada día una canción o una pieza musical, Ángeles Mastretta recomendó el corrido de Rosita Álvarez, "que resultó más valiente que la Mitra".

Los ministros del culto católico tienen miedo, como tantos mexicanos. No seré yo quien les reproche por ello o me ponga como ejemplo de lo contrario. Sus buenas razones tendrán.

El miedo pastoral de los ministros es un indicador del miedo civil que hay en nuestra sociedad respecto del narco. Una nota sombría.

Los ministros católicos tampoco están

dispuestos a colaborar con las autoridades denunciando lo que saben del narco.

Se parecen también en esto a sus comunidades, salvo que saben mucho más, no sólo por el rumor del confesionario, cuyos secretos están obligados a guardar, sino porque sus parroquias son centros fundamentales de convivencia en pueblos y ciudades.

La Iglesia católica comparte en esto la desconfianza característica de los ciudadanos hacia la autoridad. No toma el riesgo de denunciar porque no cree que el receptor de la denuncia sea una instancia confiable.

Los obispos católicos han tomado, sin embargo, un compromiso que sólo ellos pueden asumir y que, de cumplirse, la sociedad y el Estado mexicano agradecerán.

Me refiero a su decisión de predicar contra todo lo que tiene que ver con el mundo del narcotráfico: desde el consumo de drogas hasta la violencia sanguinaria.

Como ha señalado muchas veces en estas páginas José Antonio Álvarez Lima, el asunto de las drogas tiene una dimensión moral y de costumbres que apenas existe en nuestra visión pública del problema.

Si los ministros del culto católico emprenden esta tarea pastoral y comprometen en ella su credibilidad, le harán más bien a la República que emitiendo a los medios declaraciones tronantes por las que tienen que morderse la lengua después. ■ M

acamin@milenio.com

